

LA COMUNA DE BUENOS AIRES

Relatos al pie del 2001

María Moreno

**LA COMUNA
DE BUENOS AIRES**

Relatos al pie del 2001

A diez años

Moreno, María

La comuna de Buenos Aires: relatos al pie del 2001

1a. ed. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011

432 p., 21x15 cm.

ISBN 978-987-614-281-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título CDD A863

DISEÑO: Verónica Feinmann

FOTO DE TAPA: Enrique García Medina

COORDINACIÓN: Inés Barba

© 2011, María Moreno

© 2011, Capital Intelectual

1ª edición: 3.500 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Escribí esta serie de crónicas y entrevistas a lo largo de los meses que siguieron al día en que miles de personas desobedecieron la orden de estado de sitio llenando la Plaza de Mayo. No había nadie en el balcón, las banderas estaban replegadas. Parecía haber caducado la palabra “pueblo” y comenzaba a desarrollarse una tímida escolástica en torno a la más precaria de “multitud”. Ni nuevo 17 de octubre, ni caída del Palacio de Invierno, ni Segundo Cabildo Abierto; esa precipitación indignada que incluía a muchos reciénvenidos a la protesta social aspiraba, aún en sus versiones más nihilistas, a un sueño de refundación.

Algunos textos fueron publicados en el diario *Página/12*, el resto fue escrito, en un principio, siguiendo el plan de publicar un registro inmediato de los acontecimientos que luego abandoné para hacerlo conocer en un destiempo capaz de darle a la totalidad del material el aire de un documento múltiple en que ningún análisis político –que es el nombre realista de la profecía–, como podrá advertirse, incluyó la posibilidad del ascenso presidencial de uno que podría venir luego del “que se vayan todos”: Néstor Kirchner.

O tal vez el arte de la profecía deba consistir en una ambigüedad tal que permita leer esa venida en lo que la militante Elsa Mura

enuncia con imágenes como “acá se está cocinando algo”. Lo que es seguro es que es preciso leer aquellos días sin la usura de medir sus rentas; quizás bastara con –otra metáfora– definirlos módicamente como “el piso de la próxima vez”, como lo hizo Martín Caparrós. Pero los avatares del presente contienen figuras de entonces: las invenciones de la resistencia en la lucha por el territorio, la comunión por fuera de las genealogías de partido, las mutaciones del lenguaje bajo el peso del acontecimiento, la fiesta de imaginar que nombrando se actúa. A diez años, el mismo espectro en salud sobre las cosas del poder: Eduardo Duhalde.

Unos podrán reconocer en este testimonio a coro el tintero de Carta Abierta, otros se apresurarán a convocar a la picaresca para advertir que el ave Fénix –una figura recurrente para aludir al 2001, en veta optimista– fue en realidad pato o gallareta.

Diez años después la muerte ha teñido con la pena el tono de comedia de ciertas polémicas como la de Nicolás Casullo y Horacio González respecto del concepto de “aristocracia” –Casullo murió el 9 de octubre de 2008–. Ya cuando este libro estaba en etapa de producción, murió Martha Ferro, esa dandy cuyo estilo de cronista popular mezclaba a Juan Carlos Chiappe con Allen Ginsberg. El mismo “venido” después del “que se vayan todos” –aunque no inmediatamente–, luego de una trayectoria veloz y polémica, yace en su tumba de Río Gallegos después de ser despedido como a un santo popular. El que yo haya utilizado en el retrato de González la metáfora “biblioteca nacional” es una casualidad jocosa: hoy González dirige esa institución.

En tono más barrial: el Parque Rivadavia en donde Silvia Delfino se dejaba jaquear los saberes durante las asambleas está enrejado, nuevos centros culturales se ofrecen en los antiguos espacios donde alguna ex militante de la UCD había hablado ignorando que citaba a Bakunin, algún “sin techo” socializaba a un grupo de nuevos pobres el mapa

mental de los lugares en los que era posible comer, dormir, ducharse y vestirse gratis en Buenos Aires, algunos fieritas de esquina descubrían que eran acompañados en el acto político de abuchear en masa.

He respetado las sintaxis personales y las vacilaciones retóricas propias de quienes tantean la palabra adecuada para aludir a un momento en el que primaba la impresión de que se habían quemado todos los libros mientras se conservaba la sospecha de que nada es totalmente nuevo ni escapa a la Historia. No he suprimido las preguntas que revelaban mi identificación tan inmediata como sucesiva con cada uno de los entrevistados hasta convertirme en una suerte de Zelig periodístico. El mayor o menor detalle o matiz íntimo de los retratos que encabezan cada entrevista dependen tanto de las efusiones de la amistad como del pudor que exigen los encuentros contados y primerizos.

A tono con esos días donde se desestimaba toda forma de representación, seleccioné a mis interlocutores de acuerdo a su cortesía y mi curiosidad.

Porque un premio Nobel había dicho que el tintinear era el aplauso de las cosas, cada cual fue con su cacerola por su pequeña Bastilla. Era preciso ceder al alivio de estrecharse con desconocidos para hacer exactamente lo contrario a la orden que los quería en *su sitio* y así la plaza vacía para unas estentóreas negociaciones. En los primeros relatos de ese 19 de diciembre de 2001 se insiste en la imagen de una especie de Fénix criollo, seguramente mezcla de gorrión sarmientino y paloma maltrecha –habitante natural de la Plaza de Mayo–, de esas que salieron en estampida al primer entrevero de piedras, cacerolas, camiones hidrantes, lanzagases y caballada. No era el 17 de octubre, pero los más jóvenes corrieron a palpar *el estilo* como si todo fuera una gran producción *retro* para enterarse de qué hablaban los abuelos, pero como en el 17 de octubre, el escenario no se armó en la plaza sino en otro lado. Se armó en los saqueos organizados desde helicópteros por el Partido Justicialista bonaerense, perpetrados en cuatro circunscripciones y dirigidos por punteros, que no señalaban el pizarrón, sino los supermercados: había que montar la gran *performance* del conflicto y asustar a los ahorristas diciéndoles que en vez del *banco*, el enemigo vendría del *borde* y entonces perderían la heladera, el microondas, y la nena sería manoseada por la *negrada*, pero el tiro salió por

la cacerola. Porque, en uno y en otro lado, una marea propia fue acrecentando sus flujos y adueñándose del sentido. Pero antes, durante el mismo año ya había habido multitud, pueblo o masa, avanzando hacia esa cantidad final como los cien mil en el aniversario del golpe y los veinte mil que el 20 de junio fueron a Plaza de Mayo a protestar por los muertos de General Mosconi; y también protoasambleas en contra de la construcción del *shopping* o por la esquina sin semáforos. Y los cortes que aumentaban su número antes de ser estilo.

Durante la marcha surgió ese elemento sustancial, el fuego. Fuego sobre los papeles, que siempre evocan a los de la ley, sobre las gomas, que son la materia de la barricada, pero sobre todo del *por aquí pasamos*. Como en la defensa precaria, la piedra extraída al territorio ganado fue una manera de incorporar este territorio. Al día siguiente, vinieron los muertos, más tarde la evidencia en treinta cadáveres de la avenencia entre poder político y policía para infringir la ley que todos representan. Y meses después, el “yo no fui” de antiguos aliados cuando las cámaras, a quienes los puritanos agoreros consideran como parte de la sociedad de la vigilancia, probaron como testigos que fueron *los vigilantes* los que mataron a Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Pero antes, en esos días precisamente, había existido el rezago militar de los crímenes de Floresta, que bien podrían haber sucedido en un kiosco (ver de dónde vino la violencia en esa ocasión es ilustrativo para analizar la eficacia de esta ley seca criolla que es sólo para los *secos*).

Y si aquella multitud, pueblo o masa, según debates bizantinos, encontrándose a pocos días de navidad, procedió avanzando sobre bordes hasta llegar al centro simbólico, también introdujo cambios en su forma de desplazamiento, ocupaciones y despliegues. Eso armó un antes y un después. En las casas a desalojar o asentamientos amenazados: *amuchamiento* organizado, escrituras de posesión por refacciones, *performances* jurídicas y de comunicación. En las fábricas ocu-

padadas: desalojo y reingreso para la producción en cooperativa. En los desplazamientos de masas piqueteras, también desplazamientos de sentido y estrategias: antes el piquete velaba la huelga, es decir la protesta mediante el cese del trabajo, ahora reclamaba trabajo o Planes Trabajar. Y las mujeres transformaron el sentido de la cacerola, al ponerla en la ruta, lo que podría dar origen a un *slogan* mucho más duro que el de “has recorrido un largo camino muchacha”. Y también hubo yuxtaposición entre el arte y la política, en la entrega de una corona fúnebre ante la Casa Rosada durante el barranca abajo de De la Rúa, en la gimnasia de rehabilitación que una mujer *acorralada* hizo frente a un banco culpable, en la mierda en bolsitas dedicadas al Congreso Nacional. ¿Qué hará la clase media con eso? Como siempre, habrá que esperarla mucho. Los políticos químicamente puros ven, de aquellos días, la disolución y la merma, la domesticación ante las urnas o la capitalización en sus ranuras de esos flujos que llegaron a ser soñados o insultados como *soviets*. Otros piensan que la experiencia se ha impreso en el inconsciente colectivo a modo de un entrenamiento que podría rendir sus frutos en cualquier ocasión venidera en la que, de no ser por aquellos 19 y 20 de diciembre, todos se quedarían mirándola por televisión al compás de una rumia resentida. Pero eso es pensar aquellos días como una *inversión* a corto plazo, producto de la misma mentalidad con la que cierta izquierda acusaba a los ahorristas de salir sólo cuando les tocaban los bolsillos, como si los piqueteros no salieran también porque les tocaron los bolsillos (que estaban vacíos), tomar el “que se vayan todos” como literal –como nunca fue literal el lema “aparición con vida”– en lugar de ser lo que es: un *haiku*, no una zoncera corta sino una condensación extrema de sentidos múltiples y de fecunda resonancia. Todas estas voces, traducciones escritas de la lengua oral, traen el clima de aquellos días, su pingüe profecía, su esperanza inconfesable, su aire de corifeo plebeyo y de autobiografía colectiva callejera.

“Lamento no poder ser más entusiasta”

Con sus bigotazos a lo Trotski insinúa las fuentes de su pensamiento, pero en ese brillo asimétrico de la mirada –cuando algo convoca su curiosidad intelectual– hay un desmentido, ya que le da la apariencia de llevar un aristocrático monóculo. Alejandro Kaufman, profesor universitario, editor de la revista *Confines*, se caracteriza por intervenciones puntuales que suelen correr con inteligencia las alternativas binarias, siempre simples; sus temas son heterogéneos pero atravesados por el hilo fundamental de las políticas de la memoria: interrogan lazos simbólicos, duelos y deudas colectivos.

Ha escrito infinidad de artículos en revistas culturales y políticas. En ellos debe haber material para dos o tres libros, sólo tendría que “pescarlos”. Pero Kaufman es radiantemente oral, menos por elección personal o dique narcisista que por la importancia que le da a la transmisión en un cuerpo a cuerpo capaz de despertar en sus alumnos la pasión de hacerse preguntas y actuar.

A la revuelta de diciembre, Alejandro Kaufman la ve como la de un conjunto de sujetos que comienzan a deslizarse por la superficie de la política con aquellos patines de fieltro que las madres de antaño imponían cuando se acababa de encerar el piso. No es un

escéptico, pero dice, ante las renovadas revueltas de aluminio, regularmente respondidas por los “fierros” de la policía, que lamenta no poder ser más entusiasta.

—Cuando Paolo Virno percibe algo positivo en lo que está pasando en la Argentina, vía cacerolazos, está hablando desde sociedades que tienen derechos civiles, instituciones fuertes y una cultura de la integración. En la Argentina las instituciones realmente consistentes, es decir, las que se sustentan sobre fenómenos de integración, de reconocimiento del otro y que constituyen espacios de amparo para sus integrantes o para terceros —porque no hay que pensar solamente en lo bueno, en lo que uno comparte— son la familia y la policía. Y cuando me refiero a la policía no me refiero solamente al cuerpo de los integrantes de la policía sino a toda la cultura policial.

—¿Podría hacer un poco de historia?

—Este país tenía la utopía de volver a Europa *haciendo la Europa aquí*. Y de realizarla a través de la corriente inmigratoria con la idea de culminar a imagen y semejanza de los países llamados “desarrollados”. Hasta 1976 esa utopía se realizó en un proceso creciente de integración social. El yrigoyenismo, el peronismo, el movimiento revolucionario de los setenta planteaban de distintas maneras una lógica del reconocimiento del otro, que es lo que define a una verdadera institución social. Cuando eso se quebró, ni los emprendimientos culturales, ni los sociales, tuvieron como objeto el reconocimiento del otro —y el otro es tanto el que está arriba, como el que está al costado o abajo—. Por eso en la Argentina es tan fácil la guerra de pobres contra pobres, la ruptura del lazo solidario. Y es porque los procesos históricos que han intentado crear otra cosa han fracasado o han sido destruidos. Yo creo que si uno tiene que recurrir a una referencia sobre una experiencia histórica real de justicia social tiene que pensar en el peronismo. Y el hecho de que durante décadas buena parte de la clase

media argentina, incluidos los intelectuales progresistas y de izquierda, no hayan reconocido que el peronismo es la condición práctica de la experiencia real de la justicia social, fue grave. Que hoy en día siga teniendo vigencia el término “gorila” y que haya gente que se identifique como tal indica la incapacidad de saldar la historia que tiene esta sociedad. En los países donde hay reconocimiento del otro no es que no haya guerra civil ni oposición interna o lucha de clases, pero los contendientes no consideran al otro ajeno a la nacionalidad.

—*O a lo humano, como aquel “aluvión zoológico” del que hablaba el gorilismo...*

—Claro. En esas sociedades desde las que habla Paolo Virno yo considero al “otro” como parte de mi comunidad. Por ejemplo, si yo soy un aristócrata y el otro es un *punk*, y ese *punk* vomita, yo le tiro gases pero no digo que no es de mi nacionalidad, de mi país.

—*Aquí hay un enunciado que siempre regresa: el otro a ser expulsado se define como “no argentino”.*

—En ese sentido 1955 es un primer momento gravísimo. ¿Cómo se puede construir una historia sobre la integración de todo un colectivo social a la vida económica y cultural de un país al que después se vuelve a expulsar? Si alguien creció, se desarrolló, se integró y yo lo reconozco como tal, no puedo pretender que vuelva adonde estaba antes. Eso provoca una condición de desamparo, una lesión indeleble.

—*Usted advierte un primer quiebre con la política de la integración en 1955. ¿Cómo ve una continuidad de ese quiebre, más allá del comienzo desembozado de una política del sacrificio en 1976?*

—Durante 1976 lo que se propone es: “Vamos a construir una sociedad sobre el sacrificio de una parte de ella”. Y esto lleva a la destrucción de toda la sociedad. Porque una sociedad no puede plantearse en esos términos (esto mismo había pasado con el nacionalsocialismo en Alemania). El menemismo renueva esa propuesta

con la complicidad de la clase media, a la que le propone, bajo la condición del sacrificio de catorce millones de indigentes, realizar esa utopía de “ser como ellos” en su forma más baja, es decir consumistas al estilo Miami. Es necesario señalar una cosa: Carlos Menem fue reelegido. El primer Menem mintió, pero el segundo fue reelegido. Y el sujeto social que hoy protesta es el mismo que reeligió a Menem. Entonces, lo que duele no es haber perdido lo que yo tenía, sino que el otro que estuvo de acuerdo con que yo lo tuviera me lo saque. Ese es nuestro sufrimiento. En diciembre, no fue el movimiento social el que derribó meramente al gobierno sino que el gobierno hizo todo lo posible por autodestruirse. Había sido un año en que cada tantas semanas había un nuevo ajuste y hubo una noche que, para mí, fue como un límite. Salió en un titular de *La Nación* algo así como: “En 2002 se está pensando en no pagar el aguinaldo”. Esa era una forma perversamente cruel, como el garrote vil, ese tornillo que gira lentamente pero que no logra matar al patibulario sino que hay que volver a darle vuelta. No un corte cruel e indoloro como la guillotina, sino la tortura. ¿Cómo fue posible entonces que llevara tanto tiempo producir un movimiento social? Si el movimiento de los cacerolazos tiene algo de creatividad es su ira y la catarsis de ese sufrimiento.

—¿Usted no ve aquí esa multitud protagonista en la que Paolo Virno encuentra la fecundidad política?

—Yo pienso que hay que diferenciar entre un movimiento de *oprimidos* y un movimiento de *damnificados*. El del cacerolazo es un movimiento de damnificados que están reclamando que se haga lo que se les prometió. Y lo que se les prometió era un cierto bienestar económico en base al sacrificio de una parte de la población, pero ese bienestar no se garantizó porque, llegado el momento, los más poderosos se quedaron con todo. Entonces, en este movimiento uno puede encontrar heterogeneidades, anomalías, diversidades, pero se trata

de un movimiento que cree en la normatividad, cree en la propiedad —que son todos conceptos socialmente discutibles, más cuando se han constituido en pocos años sobre una violencia extrema bajo la forma de la exclusión, el genocidio y el empobrecimiento—. Fíjese en esta frase, “¡que se vayan todos!”. El momento de decirla era 1984. Entonces hubiera significado “que no vengan éstos que estuvieron donde no tenían que estar, en la dictadura de la que fueron cómplices”. ¿Por qué se la dice ahora? ¿Luis Zamora se tiene que ir? ¿Alicia Castro? ¿Elisa Carrió? ¿Patricia Walsh? Es demencial no articular un fenómeno de protesta con los sectores que tienen algo que decir. Estos damnificados que no obtuvieron lo que esperaban obtener por su complicidad y complacencia durante estas décadas, los meten en la misma bolsa con sus propios benefactores fallidos sobre los que ahora escupen. A eso llamo yo “capricho”. Porque si fuera un deseo sería interesante. Es el capricho de quien tiene su subjetividad entregada al *confort*, a la comodidad, a la complacencia. No es casual que todo este movimiento sea de gente que nunca militó en nada, que nunca salió a la calle. Otro componente del concepto de *damnificado* es la conversión. Estos damnificados son conversos de lo que pensaban anteriormente. El oprimido, en cambio es alguien que ha sido sustraído a su deseo de libertad frente al cual la única posibilidad que le queda en caso extremo es suicidarse. Ahora, en ciertas ocasiones, los colectivos producen esos milagros seculares o ateos que son las rebeliones. Pero no es el caso de este movimiento que vemos hoy aquí. Hay una frase de Lenin que dice “Hay que separar la paja del trigo”.

—Y otra de Marx que dice “Sí, hay mil obreros, pero ninguno de ellos es comunista”..

—O “Hay muchos vecinos, pero ningún ciudadano”. Porque hoy el que reclama algo es el directamente afectado, y se rompe la cadena de solidaridad. El que tiene hambre pide de comer y el que tiene los ahorros en el corralito pide sus ahorros.

—*Eso no tiene una dimensión política.*

—Es que en la Argentina existe esa política de la entrega y de la quita. Cuando un político quiere construir una obra nunca va a dotar de elementos a un hospital sino que va a construir un hospital porque los elementos de un hospital producen una penuria gris constante y mediocre, lloricona, que no opera políticamente pero sí opera el edificio que después va a quedar como “obra”, aunque esté vacío porque no hay recursos.

—*Está ese átomo de multitud que protesta frente al lugar donde fueron asesinados los tres jóvenes que miraban el cacerolazo por TV. Y la gente que forma parte del reclamo por el corralito no asocia una causa con la otra.*

—Ese acontecimiento fue muy interesante porque no pedían más cárceles, más castigos. Tuvo un signo de tipo más bien convivencial. Pero no se articuló. Tengo un escepticismo muy grande en cuanto al relato entusiasta de lo que está pasando. Un amigo me decía en estos días: “Habrá que *catacumbarse*”. A mí no me gustó esa palabra: vos podés ir a las catacumbas frente a un poder consistente, a una institución poderosa, sólida, monolítica, frente a la cual vos, como entidad débil, te escondés. Acá las instituciones son fluidas, disgregadas. La imagen que se me presenta en estos días es la de Sodoma, una ciudad que se autodestruye porque la ausencia extrema de acciones justas lleva a un *todos contra todos* que disuelve el lazo social. Entonces el peligro de la Argentina no es material, no es solamente la pobreza, sino el desamparo al que nos hemos sometido nosotros mismos y del que somos cómplices los que hemos podido viajar, comer, estudiar en estos años. Cómplices, no con nuestras acciones, sino como cuando uno acepta el donativo del poder o de la mafia. Porque el amparo no es el bienestar, sino el reconocimiento frente a las dificultades. ¿Qué pasó con eso? La catástrofe de las inundaciones de la provincia de Buenos Aires, que fue atroz, veri-

ficó un desinterés del conjunto de la sociedad por sectores que fueron la cuna de la fuente de recursos incluso simbólicos de la Argentina. El desamparo del estanciero, del chacarero y del trabajador rural no se debe a que se le inundó el campo, sino a que eso no revestía interés para el resto de la población. Ni para el Estado ni para el conjunto social. Nunca hemos sabido negarnos al sacrificio de otros –y no lo digo como *mea culpa*–, algunos hemos resistido de distintas formas, culturales, sociales, políticas, muy minoritarias, no escuchadas, sin presencia en este movimiento actual que está desgajado de la historia de la resistencia de estos últimos años: las Madres de Plaza de Mayo, los HIJOS, los familiares de presos. Los sectores educativos, por ejemplo, hemos sido totalmente denigrados. La “carpa blanca” de los maestros estuvo mil días y el incentivo se vuelve a desconocer ahora en medio de todo este movimiento. Tampoco la salida de la CTERA planteando que no va a haber clases en marzo tiene suficiente relación con el movimiento del cacerolazo. Y otra cosa que asombra es la escisión casi total con la Corriente Clasista y Combativa y con el movimiento piquetero.

—*Algo interesante en el movimiento es su intento de regulación interna de la violencia...*

—El movimiento del cacerolazo no es pacífico. Es manso. La dinámica cacerolera es que la gente va y está un tiempo y después se va, cuando se empieza a enrarecer el ambiente. Porque hay sectores radicales y provocadores. Pero los provocadores no son determinantes de la violencia. Un solo provocador no puede producir la rotura de todos los cajeros del centro. Eso lo hace un sector del movimiento social y el conjunto del movimiento cacerolero no tiene ni la capacidad de evitar la violencia –porque el pacifismo significa el coraje de enfrentar a la violencia– ni con la policía ni con los provocadores. Por eso digo: la policía es una institución que funciona porque ha sido cómplice de la demolición de edificios mien-

tras que el movimiento social va lleno de ira y termina rompiendo la pantalla de un televisor.

—¿No ha reaparecido la violencia en la Argentina?

—No. Y no digo que tendría que reaparecer pero lo que uno puede verificar es la mansedumbre. Se trata de un movimiento tranquilo que testimonia su inquietud por haber perdido un bienestar módico, pero que al mismo tiempo presenta fenómenos de creatividad como la ira y la catarsis que es la exteriorización del sufrimiento. Lo que sí me resultó significativo es que no se pudiera evitar la represión del 20 de diciembre. El hecho de que murieran veinte decenas de personas personas, sin que nadie pudiera impedirlo. En esta sociedad el hecho de que muera gente a nadie le produce miedo. No asusta. Se tolera. Entonces ahí también hay una tensión que no existe en otros países latinoamericanos entre el discurso bien intencionado de la ley, de la moral y de las buenas costumbres y de los derechos humanos y una realidad en que la vida tiene poco valor. Hay un imaginario del cacerolazo como algo de una gran potencialidad que no se está verificando. Porque no es posible constituir una acción política solidaria alrededor del tema de los ahorros. Se constituiría por ejemplo si se donaran los ahorros a los hambrientos. Qué reclamo tan desagregado y desintegrador social es por ejemplo: “Yo tengo una enfermedad gravísima que debo tratar con mis ahorros, no me dan mis ahorros y entonces no puedo tratar mi enfermedad. Esto sucede en lugar de que haya un mecanismo social de asistencia que fue destruido. Y como fue destruido me moriré”.

Para seguir con el tema de los damnificados: no es verdad que existe la propiedad de esos depósitos, porque el valor de esos depósitos fue constituido sobre fenómenos de exclusión de sectores sociales y de enajenación de los bienes nacionales. No es *mío* sino *nuestro* y habría que discutir qué significa ese *nosotros*. No hay una relación entre lo que el movimiento del cacerolazo dice de sí

mismo y lo que es. No es un entusiasmo, sino un capricho, sin ningún motivo justificable, como una catástrofe natural o una guerra. Es como la movilización que hubo en torno a las islas Malvinas, la de una multitud pasiva que en un momento dado se encapricha espontáneamente con algo que percibe y después lo abandona como un niño a sus juguetes.

—¿Qué piensa de la idea que ve a los cacerolazos como parte de los movimientos antiglobalización?

—El movimiento antiglobalizador, como otros movimientos europeos y norteamericanos de los setenta o los ochenta, ha venido cuestionando el consumismo y la forma de existencia capitalista. El cacerolazo es todo lo contrario: un grupo que protesta porque no se les proporcionó la garantía de que iba a continuar esta forma de consumismo. Si acá se logró la globalización con una integración al consumismo, la dialéctica globalización-antiglobalización es una dialéctica que nos es distante aunque ejerza efectos sobre nosotros. A lo que se agrega una distancia *literal*. Para la clase media, ser el país que quería ser significa aproximarse a ese mundo del que hemos sido desarraigados y del que, incluso físicamente, estamos muy lejos. Hoy esa distancia, junto a la que existe en el acceso a los bienes, se ha duplicado. Porque se duplicó el valor del dólar. Somos como un señor de clase media que vende sus muebles para poder asistir a un crucero de lujo y después vuelve a su casa y ya no tiene muebles. Hoy ni siquiera podemos comprar el pasaje hacia el lugar en el que se realiza la reunión antiglobalización.

—¿Tenemos menos acceso a los instrumentos de nuestra propia colonización! Lo que Paolo Virno cree ver en lo cacerolazos en parte puede ser erróneo, pero sus textos que nos servirían como instrumento crítico, nos quedarán más lejos.

—Por supuesto. ¿Y el Foro de Davos? ¿Se acuerda cuando Perón preguntó si alguien había visto un dólar? Pero no por estar lejos el

primer mundo nos es ajeno, porque lo vemos por televisión, lo leemos en los diarios, lo vemos por internet. Entonces hacemos algo: entre otras cosas, hacemos un consorcio. No quiero que esto funcione como una profecía, pero tal vez quede un saldo positivo de este movimiento del cacerolazo: la recuperación de la dignidad y de la justicia. Y quizás esta incipiente apertura a la cuestión de la nación produzca efectos después. Esto significa percibir que la ausencia de un *nosotros* nos deja en el desamparo. Sin esa idea, cualquier emprendimiento que hagamos corre el peligro de ser sólo una intención.

De una libreta de apuntes

Instrumentos

Marmicoc y espumadera en uso, llavero de cuero de Hermès, abre-latas y poste de líneas telefónicas, campanita para llamar al servicio, maracas de plástico y profesionales con tachas y mango de madera, collar de latitas de cerveza, bocina mugido, bombo legüero, tapas de cacerola número 26 y 30, sartén de teflón y cuchara de alpaca, botella vacía de sidra y sacacorchos, lata para galletitas semillena, flauta de pan, pene gigante de goma contra persiana de Banco de Boston, lata de Pepsi contra lata de Brahma, ranitas cotillón, celular abierto con música de La Pantera Rosa, triángulo, xilofón, repique, castañuelas, zambumbia, ocarina, gong.

<i>A diez años</i>	7
19 de diciembre	11
“Lamento no poder ser más entusiasta”	15
De una libreta de apuntes	25
Un consorcio entre multitud y pueblo	27
Conciencia	43
El sujeto de la multitud	47
Lo primero	59
Si simplemente se cumpliera la Constitución el sistema se derrumbaría mañana	61
De una libreta de apuntes	73
Cacerolazos: ni sacralizar ni consagrar	75
Una fulana en asamblea	89
Un toque de anarquía	93
Crisis I	107
Por las cacerolas	111

La fábrica de las mujeres	125
Lohana líder	141
Pero <i>había</i> una melena	161
El piso de la próxima vez	167
Crisis II	187
El fuego de abajo	191
La bandera idolatrada	213
El lado oscuro de la luna	217
Crisis III	239
La voz cantante	241
¡Carne!	259
La seguridad está en la calle	263
Política y maternidad	291
Recolonizar el campo	295
Cartoneros vegetales	321
Una Rosa roja	323
Crisis IV	337
“Yo no jugaría al truco con esta sociedad”	341
El mar en una botella	355
Arte de vivir	359
Tras cartón	373
“Desde arriba sólo se hacen pozos”	377
Brukman todavía	399
Lo policial es político	407
Intemperie	423

LA COMUNA DE BUENOS AIRES

fue impreso en el mes de marzo de 2011 en Primera Clase Impresores,
California 1231, Ciudad de Buenos Aires.